

Robert Menasse

Don Juan de la Mancha

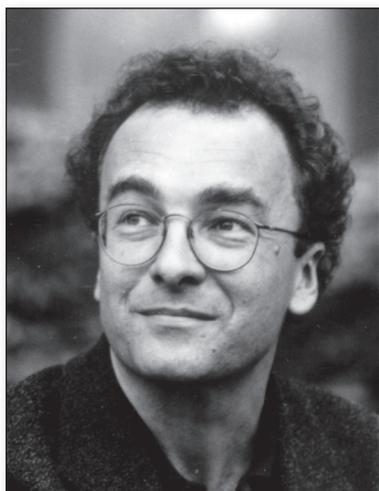
o

La educación del placer

Traducido del alemán por Carlos Fortea

El padre de Nathan buscaba la felicidad en las mujeres, la madre encontró la desdicha en los hombres. El padre, periodista, era un narciso que disfrutaba de codearse con los famosos y de los idilios con las famosas, mientras la madre dejaba volar su imaginación devorando novelas románticas. Nathan, hijo único de padres separados, se terminó marchando de casa a los dieciocho años para vivir la vida de forma distinta, pero ahora que atraviesa los cincuenta está en ese momento en que uno se replantea todo. Su psicóloga le anima a escribir sus dolencias vitales como terapia lo que le lleva a ahondar en su pasado para esclarecer el estado emocional en el que se encuentra. Nathan también se hizo periodista, dirige una sección que se llama Vida; casado de segundas nupcias, mantiene una relación con una profesora de Filología. Tanto en su época estudiantil, en aquellos locos años setenta de la liberación sexual, como después, Nathan mantuvo una vida sentimental tan agitada como la de su padre, pero en ninguna encontró aquel amor ideal de las novelas que leía su madre. Se fueron reproduciendo los patrones de comportamiento convirtiendo su vida amorosa en rutina, monotonía y tedio. Hasta que conoció a Beate...

Don Juan de la Mancha recoge las aventuras de un seductor en el espacio-tiempo de la Europa del último medio siglo. Es una novela de madurez, un *bildungsroman* inteligente y entretenido sobre la vida y las relaciones de pareja en nuestros días. Con un dominio perfecto de los saltos en el tiempo, Menasse trufa la trama central con excursos que, a modo de pequeños ensayos, ilustran la novela de forma irónica sobre temas tan variados como el amor, la publicidad, la moda o la infancia... Con fino humor, Menasse retrata en *Don Juan de la Mancha* a toda una generación: aquella, sesentaiochista, que quiso hacer las cosas de forma diferente a la de sus padres y que... ¿lo consiguió?



Robert Menasse

ROBERT MENASSE, nacido en Viena en 1954, es uno de los escritores más sólidos y comprometidos del actual panorama de la literatura en lengua alemana. Estudió Filología, Filosofía y Ciencias Políticas en las universidades de Viena, Salzburgo y Mesina. Durante siete años dio clases en la Universidad de Sao Paulo, en Brasil. Actualmente vive a caballo entre Viena y Amsterdam. Su amplia obra le ha deparado un buen número de premios literarios y académicos. Cultiva principalmente la narrativa y el ensayo. En esta misma colección de Alianza Literaria publicó anteriormente su aclamada novela *La expulsión del infierno*, por la que fue reconocido con el premio Lion Feuchtwanger de la Academia de las Artes de Berlín-Brandeburgo, y *Tiempos felices, frágil mundo*.

1

Comprendí por vez primera la belleza y sabiduría del celibato el día en que Christa restregó entre sus manos una guindilla, me masturbó y, finalmente, quiso que —por decirlo con sus propias palabras— le diera por el culo. En el griego antiguo había un verbo específico para eso, es decir, para la combinación de guindilla y comercio anal, dijo. En realidad, no para el comercio anal con guindilla, sino con rábano picante, dijo: «rábano picante en toda regla», en cualquier caso, en el fondo, para esa técnica. Dijo el verbo griego antiguo, lo gritó, yo grité también, y si lo que grité fue una palabra, era más antigua que el griego antiguo. Tenía lágrimas en los ojos. No creo que hubiera sentido más pánico dentro de una casa en llamas.

El celibato —por desgracia ése era mi pensamiento en aquel momento, y así lo expresé— ahorra dos tipos de

experiencia que son inevitables con el otro sexo: el aburrimiento y el dolor, es decir, el jadeo, por así decirlo en espera de un pronto más allá, en los brazos de una mujer honesta o, peor aún, una no honesta. Dije: o el buen Amor, o un amor bueno para un mal juego.

—¡Tú y tus chistes malos! —dijo Christa, mientras yo preparaba un baño de asiento con una infusión de salvia y manzanilla.

Se fue sin ducharse. Tenía prisa, tenía que irse a clase. Era profesora de lenguas clásicas. Yo estaba metido en la bañera, estaba helado y ardía. No quería ponerme nunca más en sus manos, en las manos de una mujer. Por otra parte: no sabía qué otra cosa hacer, salvo lo que tenía que hacer.

2

Es un error creer que se deja de tener sexo cuando se deja de tener ganas de sexo. Al contrario, nunca he tenido una vida sexual tan excesiva como ahora, cuando el sexo me aburre.

Esto tiene dos motivos: en primer lugar, ya no estoy nervioso. ¿Por qué iba a estar nervioso en una situación que me aburre? El nerviosismo menoscaba mucho más la virilidad de lo que podría hacerlo el aburrimiento. El nerviosismo en la cama es humano, en cambio la reacción sin pensar a los estímulos es animal. Por su parte, el

cinismo es humano. Por eso al final el animal se baja de la cama convertido nuevamente en persona. En segundo lugar, la falta de ganas no es bastante motivo como para perder el interés por el sexo. Al contrario. Probablemente no haya ningún impulso tan fuerte como aquel que hace arder a un hombre cuando ha perdido las ganas, en una sociedad que no sabe vender ni un litro de agua mineral sin ponerle un envoltorio erótico. Sin duda se pueden perder las ganas, pero no es posible olvidarlas. El placer es lo único que no puede ser olvidado. Sabemos de pacientes de Alzheimer que, totalmente hundidos en las nieblas de su biografía, tienen erecciones espontáneas. El impulso de sentir placer se ha vuelto ya más fuerte que el impulso de satisfacerlo. Quizá la satisfacción resida en eso: en poder sentirlo. Quiero sentirlo un día con tanta fuerza como para poder encontrar cuando menos plausible la importancia que tiene para todos los demás.

Aquí es necesario un excursus. Siempre son necesarios los excursus, así que empezaremos por un excursus sobre los excursus: las personas adictas al amor saben que la absoluta mayoría de sus actos diarios no tienen nada que ver con el amor, ni siquiera se le aproximan. Por eso la cotidianidad, la vida en general, se presenta como una infinita sucesión de excursus que apartan del amor, pero de los que se espera que en última instancia sean los únicos rodeos transitables que lleven al amor.

Por eso los adictos al amor son especialistas en excursos, para ellos el excursus es forma y actitud en la vida. Los que hacen carrera están en curso, los amantes en excursus.

Así pues, primer excursus: cuando yo era joven, la felicidad era vieja. En la publicidad no había más que viejos. Todas las formas posibles de la dicha estaban certificadas por hombres canosos o de pelo blanco, en la madurez, ropa limpia, café aromático, alegre alcoholismo... «¡Esto merece un Asbach Uralt!», decía en la televisión el abuelo bebiendo aguardiente, modélicamente feliz. ¡Qué lejos tenía que parecerme a mí la felicidad, niño que era! Me faltaban muchos años para tener acceso a ella. Cuando por fin alcancé la posibilidad de participar de la dicha, todos los felices que representaban la condición feliz en la publicidad eran treinta años más jóvenes. De pronto eran veinteañeros los que llevaban ropa limpia, las camisetas sudadas en gimnasios, incluso el alcohol pertenecía ahora a los jóvenes, estudiantes o aprendices de peluquería, que tras un trago de ron Bacardí bailaban relajados en una playa con palmeras. ¡Qué lejos y perdida tiene que parecerme hoy la dicha! Es exagerado hablar de las personas de mi edad como de una *lost generation*, pero *lost in commercials* es algo que se puede demostrar objetivamente.

No ha habido en nuestra vida ninguna otra máquina de prometer dicha tan eficaz como la publicidad. La promesa de ejercer la renuncia al consumo no fue en su momento